

CLUB DEL MISTERIO

D. B. OLSEN



**LAS MUERTES
PARALELAS**

26

Ernestine parecía una muchacha extraña.

Pero era mucho más extraña de lo que parecía. Típica joven estudiante –estudiosa– de trajecito sastre y gruesas gafas durante el día, se convertía por la noche en una vampiresa de vestidos rojos con profundos escotes... y sin gafas.

En una de esas noches, Ernestine tuvo su última cita con la muerte. Y fue entonces que empezó a surgir la increíble verdad de la doble vida que llevaba. El profesor Pennyfeather demoró mucho en desentrañar el fondo y el trasfondo de estos crímenes, pero cuando lo logró arribó a una certeza incontrovertible: Ernestine había llevado una doble vida... y las había perdido a las dos.

Orden de aparición *de los personajes*

SEÑORA LACOSTE, una anciana excéntrica que parece salida de una película de misterio.

ERNESTINE HALL, una aventurera con tan poca ropa como escrúpulos.

FREDDY NIXON, sus inclinaciones donjuanescas lo traicionaban.

MISTER PENNYFEATHER, un apacible profesor cuya distracción era investigar crímenes... ajenos.

SEÑORA LELAND, una madre atribulada. Sus hijos no la dejaban hablar por teléfono.

ERNESTINE HOLLISTER, una aplicada (y opaca) estudiante universitaria.

RAE CARADYNE, una prima de Ernestine que más parecía ser una hermanita gemela.

STEPHEN DUNNE, un excéntrico tío de las dos chicas.

SEÑOR ACTON, un enigmático profesor de música.
El hombre que se da tono.

CAPITAN OLNEY. ¡Cayó la policía!

LORETTA CULLENS, una joven deportista que –además de los deportes– se dedica a ser nieta de la señora Lacoste.

ROBERT CULLENS, estuvo en el ejército, pero no le gustó. Ah, es hermano de Loretta.

SEÑORA CULLENS, madre de los hermanitos. Esta señora no sabía que la caridad debe empezar por casa.

1

Estaba sentada al borde de un pequeño foso bajo el filo del muelle, con las piernas descansando en uno de los hoyos que la marea excavara alrededor del pilar, oculta casi a la vista de la gente por la oscuridad que lo iba cubriendo todo. Cuanto quedaba de un templado día de setiembre era un rasgado pendón malva en el horizonte, tras las aguas metálicas del Pacífico. Y casi al alcance de la mano, como diamantes recortados en el crepúsculo, las luces que ardían en el Strand, las altas luces de la montaña rusa y del látigo, la fosforescencia baja y brillante de los puestos de salchichas y los salones de baile. Había un salón de baile en este muelle, aquí arriba, y aunque ella no podía ver sus luces desde donde estaba, percibía a la orquesta afinando sus instrumentos y entrando en calor con acordes breves de melodías cuyas letras recordaba. Encendió un cigarrillo y escuchó sin prestar mayor atención, mirando al mar y al último resplandor pálido que rayaba el cielo.

Era una muchacha pequeña, bien formada, de graciosas curvas, la piel muy blanca y el brillante cabello entre moreno y moreno azulado, que le caía sobre los hombros sin rastros de rizado, con sólo una suave ondulación en los extremos, donde rozaba el cuello de su traje de raso negro. El ajustado vestido destacaba su figura. Sobre la cabeza lucía una coqueta gorra cubierta con lentejuelas doradas. Su boca ardía con el carmín de los labios, y las pestañas estaban fuertemente entintadas; el halo de perfume que la rodeaba se imponía al limpio aroma del mar.

Usaba zapatillas de cuero, de taco alto, rojas, casi del color de su lápiz de labios y de las uñas. Cuando hubo ter-

minado el cigarrillo, horadó la arena con uno de sus tacos, arrojó allí el pucho y lo cubrió de arena con el zapato.

Fue mientras hacía esto, cuando al volverse apenas a un costado pudo ver la figura que se recortaba, casi invisible, en la profunda penumbra del muelle, y que desde lo alto la observaba inmutable.

Durante un instante no atinó a moverse. No hubo expresión de sorpresa o de nerviosidad en su rostro; quizá en todo caso un suave toque divertido.

Cuando resultó evidente que ella le devolvía su mirada inquisidora, él descendió lentamente hasta donde estaba sentada. Era joven, alto, un tanto encorvado. Tenía ojos agudos enmarcados en un rostro no poco atractivo. El bigote era ralo, su pelo castaño ondulado y el cutis revelaba que sólo de noche se allegaba a la playa. Tenía maneras insinuantes y humildes: las del joven acostumbrado a perseguir muchachas y a recibir muchas calabazas en ese proceso.

La muchacha alzó los ojos hasta él sin mostrar interés. —Hola.

—Hola. —Su mirada fija se iluminó; se sentó a alguna distancia, sirviéndose del borde de aquel pequeño foso, doblando torpemente sus piernas porque eran más largas que la profundidad del agujero—. ¿Qué hiciste con el marinero?

Dejó ella transcurrir un momento de silencio, como reproche porque la había observado.

—Lo mandé a su casa, junto a mamá.

—Parece que no hace mucho que todavía babeaba, ¿eh? —Se rió, no con una risa franca, sino con un gruñido ahogado, como esperando ver cuál era la reacción de la muchacha—. Me pareció como de 18 años, porque la Marina no los toma más jóvenes. Pero si no, habría dicho que estaba en sexto grado. Un mocoso. Parecía como si tuvieras que haberlo llevado de la mano.

No dijo nada, se encogió de hombros y sacó cigarrillos de una carterita de charol rojo. El hombre escrutó su rostro, vuelto a medias en la oscuridad, la figura recortada en el brillante raso negro.

–Me gusta tu estilo –expresó–. ¿Por qué te dedicas a la marina?

Su voz reflejó un humor incisivo:

–Hay algo reconfortante en encontrarse con un marino que tiene que tomar la última lancha a medianoche y no cree que una lo vaya a dejar.

–Ah, eso te gusta, ¿eh?

Lo miró con insolencia por sobre el cigarrillo recién encendido.

–Ya te comunicaré cuándo me dedicaré a otra cosa.

–No me interpretes mal –dijo prontamente, como disculpándose. Echó unas pitadas mirando el horizonte, como la muchacha. Nada se veía al borde del mar, salvo las sombras. Arriba, en el salón de baile, los acordes y las escalas se habían vuelto melodías a todo tren.

–¿Vas esta noche?

–Tal vez.

–Te veo todos los miércoles. ¿Vas alguna otra noche?

–Los sábados.

–¡Ahá! Los sábados a la noche trabajo. –Arrojó el pucho hacia la arena húmeda, donde se estrelló, zumbando apenas antes que muriera el fuego. El mar estaba quieto, sólo surcado por pequeñas ondas, sin grandes olas, de modo que el ambiente era callado, descontando la orquesta de allá arriba y los murmullos lejanos del Strand. Se aclaró la garganta.

–Quizá también fuera reconfortante un tipo con un buen trabajo y bastante dinero para gastar, ¿no crees?

–Hoy pagan bastante bien en la marina.

Él se limpió la arena de sus pantalones.

–Puede que te pagara la entrada esta noche. ¿Me lo permitirías?

–No sé seguro si iré. –Le arrojó una mirada y vio su tonta y abyecta expresión, que la irritó más aún–. A veces me aburro soberanamente en ese tugurio.

–No bailaré mucho. No trataré de llevarte a tu casa ni de seguirte, ni nada por el estilo. Tengo otro compromiso más tarde.

–Si algo no puedo soportar –habló al oscuro mar ondulante–, es un tipo que se encuentre con dos mujeres en una noche.

–Oh, no se trata de eso.

Lo miró socarronamente desde debajo de sus pestañas.

–¿Y de qué se trata entonces?

Habló rápidamente:

–Esa vieja, la señora Lacoste... Esa terrible vieja; vive en una de esas grandes casas de Beverly Hills. Bueno, cada tanto me visita y me pide que vaya a verla. Debe tener sus buenos 80 años. Por lo general, cada velada me significa diez dólares.

La muchacha se quedó completamente quieta, como si recordara algo. Luego se levantó y dijo: «¡Dios mío!», con una voz burlona y cortada.

–Es una viejita simpática –siguió diciendo él–. Y es muy buena. Le gusta la cerveza. Creo que la única vez que tiene la posibilidad de servirla como le gusta es cuando se ha ido la familia. Nunca hay nadie allí, salvo nosotros dos.

–Eso no me suena muy bien –lo reprendió ella secamente.

–Tendrías que conocerla para ver lo decente que es. Me hace entrar por la puerta trasera, en una especie de galería, y allí siempre hay bastante cerveza para ella y *whisky* para mí, y un viejo fonógrafo con algunos discos verdaderamente clásicos: *jazz* de la primera época y todo eso. Bebemos y charlamos, sobre todo de gente que ya ha muerto. Mejor dicho, ella es la que habla. Me olvidé de

decirte cómo llegué a conocerla. Mi padre era su jardinero.

Ella lo observó, estudió sus ropas y sus esfuerzos por parecer el tipo de muchacho de mundo, e hizo un diagnóstico mental.

—Apuesto a que trabajas en Sears, Roebuck. En la sección tapicería, o quizá en alfombras para baño y linoleum.

—No —contestó él seriamente, con aire de hallarse complacido por su preocupación—. Soy ayudante de contador en Lanham y Barnes. Venden artículos de plomería.

—Bueno, pues me engañé contigo —dijo, con un asomo de burla—. Pero sigue con esa historia de la vieja: la que te manda buscar algunas noches. Me tiene fascinada.

Un principio de duda se reflejó en sus ojos; miró fijamente a la muchacha, pero ahora la luz era muy débil; un resplandor de mil colores proveniente del Strand llegaba apenas insinuado al muelle. Quizá se daba cuenta de que ella se divertía a su costa.

—Sigue —le instó.

—No es una historia —dijo—. La vieja existe. Quiero decir, hay realmente una señora de edad que por lo general me da los diez dólares porque se acuerda de mi tío. Quizá recuerda los sueldos porque lo hacía trabajar durante la depresión. No sé. Yo le mando flores en su cumpleaños y para Navidad.

—¿Y para su santo?

—No. —La orquesta del salón de baile arrancó con su primera interpretación. La música era vigorosa, viva, estruendosa—. Parece que la cosa ha empezado ya.

—¿Estás dispuesto aún a pagarme la entrada? —Se volvió hacia él, compradora, mostrándole el suave perfil de su mejilla y la línea del pecho bajo el ajustado raso negro. Las lentejuelas resplandecían como los anillos de una serpiente; su pelo negro era una nube—. Bailaría contigo una o dos piezas. Hasta quizá te acompañara a ver a tu vieja de Beverly Hills.

Tosió, con una tos seca.

–Creo que no voy a tener tiempo ya para bailar.

Dibujó una raya con la punta del dedo en la fresca arena.

–¿Estás acaso enojado por algo? –Por dentro, reía.

–No, por supuesto que no. –Dudó—. No sé en verdad cómo tomarte. Creo que te burlas de mí. Que te has estado burlando todo el tiempo. Me tomas por un tonto.

Negó, con un gesto en señal de reproche.

–Lo que pasa es que no me conoces bien. Jamás me pediste que fuera a bailar contigo allí. –Movié la cabeza hacia el piso del muelle, por encima de ellos, en la oscuridad—. ¿Cómo puedes saber lo que pienso cuando nunca me has hablado, ni una sola vez?

–Tenía miedo de invitarte a bailar –admitió displicente—. Siempre estabas con un marinero, a veces con dos o tres. Siempre que yo pasaba, no existía para tus ojos.

–Quizá lo hacía por tacto. Los marineros son muy sensibles cuando ven a civiles con sus chicas. A veces se juntan para darle una paliza a un tipo.

No contestó, quizá porque le costaba admitir que no se hubiera metido con una patota de marineros. Pero la verdad es que era cierto; los marineros trataban de monopolizar el Palace. Casi todas las noches había un par de grescas, y algunos civiles habían recibido buenas tundas. Muy pronto no entraría en el Palace más que la marina, y todos los civiles irían a otro lado: quizá de nuevo al Majestic, que los marineros habían tomado hacía un año y del que aparentemente se estaban cansando. El gerente del Palace se había resignado a que la marina se adueñara del local; podía asegurarse una buena concurrencia en las noches de franco; y además, se libraba de los gastos de una nueva decoración. A los marinos no les importaba la apariencia del lugar con tal que no hubiera guardianes muy quisquillosos.

Fumó un par de minutos sin decir palabra.

–¿Tienes auto? –preguntó. Lo dijo de manera conciliadora.

–Un Ford de antes de la guerra. De la guerra civil, quiero decir...

Se rieron de su chiste y pareció embargarlos un sentimiento de compañerismo.

Él hizo la siguiente pregunta:

–¿Dónde vives? ¿Aquí, en la playa?

–No. Vivo en la ciudad. Vengo aquí para divertirme.

–¿Vuelves en tu auto?

–Tomo el tren del Pacific Electric. Los famosos Coches Rojos.

Tenía un tono atrevido y burlón, pero la mofa no iba dirigida a él; se sintió seguro riéndose con ella de los famosos Coches Rojos.

–También yo acostumbraba viajar en eso. Trabajaba aquí y tenía que viajar todos los días desde Los Angeles. Malditos asientos... Creo que todavía un año después que dejé el trabajo seguía con el cuerpo cuadrículado.

Ella aceptó el cigarrillo que él le ofreció y dejó que se lo encendiera. Pensó en el Packard convertible guardado en el garage que estaba en lo alto de las escaleras que bajaban al Strand; se lo habían dejado desde la noche anterior, y sabían qué hacer si ella no iba a buscarlo.

–¿De verdad vas a ir en auto a Beverly Hills esta noche?

Trató él de ver su reloj de pulsera a la luz casi imperceptible.

–Me parece que debo ir andando.

–¿Y por qué viniste de todos modos a la playa, sabiendo que tenías esta cita?

–No sé. Quizá porque tenía ganas de manejar un rato. En el trabajo me pagan bien, pero estoy atado a un escritorio todo el día. Si no tengo que ver los libros y la máquina de contabilidad, debo mirar el rincón de la oficina, con la fuente de agua helada y la señorita Emerson, que tiene

como 55 años. Usa medias de algodón para calentarse las piernas.

–Ya veo –dijo la muchacha, compadeciéndose.

–¿Cómo te llamas?

Lo dijo de pronto; ella contestó lenta y concretamente.

–Yo me llamo Ernestine Hall.

–Yo, Freddy Nixon. ¿Trabajas en la ciudad?

Excavó otro hoyo en la arena con el taco, enterró el pucho y lo cubrió con arena con lentitud deliberada. Bajo el manto de la oscuridad tuvo una leve expresión de desagrado.

–En Pasadena. Oye, ¿quieres que vaya contigo?

–¿A ver a la señora Lacoste?

–Sí, por supuesto.

–¿De veras? –Tomó un puñado de arena y lo dejó descolgarse por entre sus dedos. Su tono había sido complacido, de sorpresa; pero ahora dudaba—. Ella es... una vieja muy especial. No es que no le vaya a gustar conocerte, le encantaría. Siempre me pide que vaya con algún amigo.

–Bueno, me parece bastante más interesante que perder el tiempo con esos chicos de uniforme y de mano bastante pesada, que andan por ahí arriba.

–Se pone un poco pesada después de unas horas.

–Seguro. Seguramente me pasará también a mí, si el *whisky* es bueno. Adoro el *whisky*.

Él se dirigió hacia ella dubitativo, pronto a corregirse si ella se mostrara poco complaciente u ofendida. Le tocó la mano.

–Me gusta este perfume. ¿Cómo se llama?

–*Estímulo Biológico* es el nombre.

–¿De veras? –La oyó reír bajo su aliento, pero ahora ya estaba suficientemente cerca; apoyó su boca en la de ella. Dejó entonces de reír; mientras él la tenía, parecía pasiva, casi indiferente. No trató de apartarse. No hubo respuesta; se quedó sentada, quieta.

–El bigote me hace cosquillas.

–¿Y qué te parece si te hago cosquillas otra vez?

–Seguro. ¿Por qué no?

La besó, tratando de obtener una sensación de conquista como era lo común en él, pero de nada valió. No hubo emoción alguna de parte de ella. Hasta haberse apartado, con simulado pudor, hubiera sido mejor que esta profunda complacencia, esta voluntad casi somnolienta. Había algo en el fondo; malhumor, desprecio, mofa... Fuera lo que fuere, allí estaba ella con él. Era casi como besar a un maniquí.

Se apartó.

–No te entregas tú a estas cosas, ¿no?

–Será cuando te conozca mejor. –Su mano apretó la de él, jugando los dedos con íntimo calor en la palma y la muñeca–. Me gustas mucho, de veras. Eres mucho mejor que los otros, mejor que lo que yo creía que serías... Una muchacha se topa con muchos tipos desagradables si anda por los salones de baile.

Se le ocurrió de pronto preguntarse por qué frecuentaría ella el Palace; éste siempre había tenido mala reputación, hasta en Los Angeles.

–Puede que un par de copas del *whisky* de la vieja Lacoste te pongan más animada.

–Puede ser. ¿Vamos?

Se levantó y cepilló la arena que tenía sobre el vestido de raso negro. No era mucha; la tela tenía un acabado brillante. La chaqueta era muy ajustada y tenía un pequeño volado blanco en el cuello. Rodeando la cintura, un peplo que destellaba por sobre las caderas exageradas la figura de la muchacha: su pequeña cintura y los pechos y muslos amplios. Las lentejuelas doradas brillaban coronando su cabeza; y la cartera y los zapatos rojos centelleaban como sangre fresca.

–Oye, me gusta tu vestido.

–Gracias.

–¿Usas uniforme donde trabajas?

Lo miró sin verlo. Estaban ahora al aire libre, y se dirigían a la angosta plataforma que desde el costado del muelle llevaba a la calzada en el Strand.

—¿Qué decías?

—Decía que tienes muy linda ropa. Me gusta. Pensé que debías usar uniforme en el trabajo, y que por eso vestías así para el baile. Vas siempre de raso. Tienes un vestido de raso rojo con unas cosas en los hombros. Ese también me gusta.

—No. No uso uniformes. Odio los uniformes.

—Yo también. Cuando por primera vez salí de la escuela, fui a trabajar a una estación de servicio, y debía usar mamelucos blancos con la inscripción «Meacham's Service» en la espalda. El día que me iba al servicio militar, fui al trabajo con una hojita de afeitar y descosí todas las inscripciones rojas; entregué los mamelucos sin ninguna leyenda encima. Nunca olvidaré la mirada del viejo Meacham.

—Estuvo bueno —dijo ella, ausente—. ¿Y qué hiciste en el servicio militar?

—Estuve en la fuerza aérea. De radio-operador. No llegué a ir al extranjero; las cosas terminaron demasiado pronto.

—¿Estuviste de guarnición en Lancaster, por casualidad?

—¿En el desierto? Un par de meses. Después fui a Texas. ¿Has estado alguna vez en Lancaster?

—Ya pasé eso. ¿Qué par de meses estuviste allí?

—En el verano de 1945.

—¡Ah! —Limpió un poco de arena del cierre de la cartera.

—¿Conoces a alguien allí?

—Un pariente.

Llegaron hasta el medio del Strand. Las luces caían sobre ellos; quedaron inmersos en los olores de cebolla frita y de carne picada, entre el aroma de salchichas hervidas y

de pororó, junto al estruendo de los fonógrafos de los bares y a los gritos de los charlatanes frente a los puestos. Ocho marineros, brazo con brazo, bajaron cantando por el Strand. Dos rubias contemplaban la vidriera de una joyería, que exhibía alianzas de matrimonio, cuidando de no ver quién estaba observándolas. Berreaba un chico de unos tres años, llevado de la mano por un agente que trataba de encontrar a la madre.

—¿Quieres comer algo? —Su voz sonó solícita, ansiosa de ser agradable.

—No quiero que ese *whisky* tenga que trabajar para vivir.

—Muy bien. Eso es más o menos lo que la señora Lacoste habría dicho.

—¿Bebe cerveza?

—Más o menos. —La guió tomándola por los hombros. Subieron por los escalones de cemento, los tres largos pisos que llevaban del parque de diversiones al ancho *boulevard*—. No te burlarás de ella, ¿verdad?

—No me burlaré —prometió secamente.

2

Era una casa grande, en una de las cuadras densamente edificadas después de Sunset Boulevard. Las luces de la calle mostraban el estuco color marfil, las tejas rojas y los balcones ornados con herrería española, y una entrada en arco flanqueada por palmeras, bananos y bambúes.

Cuando el auto se detuvo, Ernestine se inclinó para observar la casa tras el parabrisas.

–Creí que me habías hablado de una gran estancia en uno de los cañones: Mandeville o Coldwater. Algo como la casa de Mary Pickford.

Sonrió inseguro:

–Se está bien adentro. Te llevarás una sorpresa.

–Siempre me he preguntado por qué se molestarán en hacer estas grandes casas precisamente en un terreno dentro de una ciudad. Mira: una fila de casas. Si lo que se quiere es quietud, es lo mismo que si estuvieran en la South Grand Avenue. Un edificio como éste necesita una hectárea o media por lo menos.

La ayudó a bajar del auto.

–Sí, creo que tienes razón.

–Demasiada plata gastada en la casa, y poca para comprar terreno.

–Esta casa está aquí desde hace veinte o veinticinco años. Pienso que cuando la hicieron no se había declarado el delirio de vivir en los cañones.

–¿Tu tío era el jardinero? ¿Y cómo se las arreglaban para darle trabajo?

–No era para todo el día –aventuró, a modo de disculpa–. Trabajaba también en otras partes.